

Las mil y una noches

FEDERICO PATÁN

Quizás estuviera jubilado. Porque se lo veía a menudo pasear el barrio, el rostro complacido. No que sonriera, pero había en los gestos y en las actitudes una serenidad gustosa. Vestía con elegancia ajena a las ostentaciones. De vez en cuando buscaba lectura en la librería cercana al parque y, ocasionalmente, se lo veía leyendo en una de las bancas más sombreadas. Alguien descubrió que no le conocían el nombre. Nadie se interesó en preguntárselo. En una charla de bar se comentó: Es casi un monumento para que lo visiten los turistas. Hubo risas, tal vez más cortesas que divertidas. Varias chicas, en la mesa de al lado, escucharon la broma. “¿Lo conoces?” preguntó una de ellas. La otra: “De qué voy a conocerlo, tú” y la tercera agregó “Lo he visto cuando pasea” y las compañeras le pidieron su opinión. “Es un anciano que parece inofensivo” y desviaron el trílogo hacia temas menos alejados de sus personas.

Al recordar esos comentarios, Felisa decidió ir de compras por vía del parque. Respiraré mejor aire, se dio como excusa. Llegada al parque, disminuyó el ritmo de su paso. Caminó la veredita central mirando hacia las bancas. Nadie que se pareciera a lo descrito en el bar. Estaba por salir del lugar cuando vio abrirse, al otro lado de la calle, la puerta de la única librería del rumbo. Un anciano venía de ella en dirección a Felisa. Pero no, ya que pasó a su lado sin más ceremonia que una ligera inclinación de cabeza, el rostro plácido. Se fue a un rincón apartado, abrió el paquete que traía en las manos, extrajo un libro, estuvo hojeándolo de principio para luego sumirse en su lectura. Con discreción, Felisa se fue acercando. El hombre se entretenía con un libro de memorias. Por el autor, italiano. El hombre leía absorto. Tanto, que se

mostró ajeno al escrutinio. Satisfecha de su exploración, Felisa decidió irse. “Me llamo Jacobo” le informó entonces el hombre. Se volvió hacia él, desconcertada. Le sonreían sin asomos de burla. “Como me miraba tanto...” fue la explicación ofrecida y a Felisa le vino un despiadado rubor a las mejillas. Se alejó presurosa.

Pero un barrio es un barrio y terminaron tropezándose de frente una mañana. Él, desde su andar todavía ligero, inclinó la cabeza, en saludo lleno de antiguas cortesías. Respondió ella con un gesto menos definido. Que definió más cuando el segundo encuentro, éste en una calle distinta y acaso más solitaria. Aprovechando la ocasión el hombre dijo “Buenos días” y ella respondió “Buenas”. Así, terminaron por coincidir en el bar. “¿Será el destino?” preguntó él deteniéndose un momento ante la mesa de Felisa, que esperaba a sus amigas. “No creo en el destino” contestó ella por contestar algo. “Sólo el destino podrá convencerla de que existe” y sin mayor trámite el hombre se fue a una mesa discreta. Abrió un libro, desde luego. “Mira quién está ahí, el viejito” hizo saber inútilmente Dolores al poco de haber llegado. “De cerca no es tan viejito” aseguró Felisa y le hicieron burla: “Capaz y hasta lo encuentras atractivo” fue la menor de las bromas. Al irse, él se despidió ceremonioso. “Pero si tiene modales como los de mi abuelito” y hubo risas claras excepto de Felisa.

Cuando el segundo encuentro en el bar, Felisa no aguardaba compañía. En casa meditó lo siguiente: Yo decido ir y que el destino, si existe, haga lo demás. Y al parecer lo hizo, porque el hombre apareció como a la media hora. “¿Sola?” preguntó deteniéndose ante la mesa de Felisa. Asintió ella. “Permítame” dijo él entonces para acomodarse sin más frente a la muchacha. “Cuénteme de usted” le pidió. “¿Así nada más?” Él había solicitado su perpetuo whisky en las rocas. “Cualquier vida tiene algún punto de interés” fue su argumentación. “Entonces, cuénteme de la suya” y él contestó “La escandalizaría”, lo cual puso en Felisa un enojo instantáneo: “A ver, escandalícame” y su silencio inmediato aseguraba que no hablaría de

no haber confesión por parte de su acompañante. Levantando el vaso, el hombre lo miró al trasluz, como si estuviera meditando, y por fin dijo: “Soy un seductor.” A Felisa se le escapó una risa y de inmediato vino la excusa: “Lo siento, me agarró desprevenida.” Tranquilo, el hombre continuó: “¿Sabe porqué soy un seductor? Porque me sedujeron. ¿Continúo?” Felisa pidió que sí, divertida.

“Andaba en los trece años cuando una vecina me interceptó en la escalera. Volví yo de la secundaria. Necesito que me ayudes con una cortina, pidió. Entramos a su departamento y, en la sala, un gancho se había zafado de su agarre. Trépatelo en esa silla, pero no vayas a caerte. Mejor te sostengo, no quiero problemas con tus papás. Y me rodeó con los brazos de tal manera que una de sus manos fue a quedar en zona prohibida. A mi zona prohibida le gustó y dio su consentimiento. Acabamos en la cama y nunca arreglé el ganchito. Si quieres mejorar tu técnica, visítame, dijo como despedida. A partir de allí, cumplí dos tipos de estudio” y el hombre fue a su licor. “No entiendo por qué habría de volverlo eso un seductor” comentó Felisa. “Fue tan delicioso el aprendizaje, que decidí transmitirle la delicia a otras mujeres” y Felicia quiso burlarse: “Así que sus empresas son de beneficencia social” y él: “La descripción justa. Ya me decía su rostro que usted era inteligente” y le solicitó el nombre. “Estoy en desventaja porque usted ya conoce el mío” y Felisa quiso burlarse: “Era Juan ¿no?” Él: “Si usted lo decide ¿cómo oponerme?” Entonces quedaron que mejor Jacobo, “Si es su nombre verdadero” y el hombre aseguró que sí. Elle le concedió el suyo.

“Su esposa ¿qué piensa de estas seducciones?” Jacobo: “Un seductor no puede casarse por varias razones. La primera, que el matrimonio establece una rutina letal para los aprendizajes amorosos. La segunda, que necesito estar libre en todo momento, pues nunca se sabe cuándo llega la oportunidad. La tercera, que si estuviera casado andaría poniéndole cuernos a mi esposa, situación inaceptable.” Se miraron y correspondió a Felisa desviar los ojos. “Y como maestro ¿ha tenido muchas discípulas?” Jacobo: “Curioso que se interese en esto, ya que justo aquí ha surgido un problema” e hizo una pausa invitadora. Felisa,

desde luego, preguntó cuál. “¿Qué edad me echa?” No quiso ofenderlo y disminuyó su cálculo: “Unos cincuenta.” Por primera vez soltó él una risita gozosa: “Su cortesía, exquisita pero errada. Diga lo que en verdad piensa” y “Sesenta” fue ahora la propuesta. “Año más, año menos, por ahí camino. Por lo tanto, nada de sorprendente en lo que voy a decirle: Según envejezco, las seducciones se complican y disminuyen en número. Lo cual es una pena.” Ella: “¿Por lo mucho que deja de gozar?” Negó Jacobo con un gesto: “Porque se desperdicia la sabiduría amorosa que he ido acumulando. Es una triste paradoja: de jóvenes hay oportunidades y no hay experiencia; de mayor hay experiencia y faltan las oportunidades.” Su tristeza parecía genuina.

“Tengo que irme” informó Felisa. “Lástima, aún hay mucha plática por hacer entre nosotros. Si mi propuesta no la ofendiera, podríamos terminar el diálogo en otra ocasión.” Así, volvieron a reunirse una semana después, en el mismo lugar y a la misma hora. Decidieron tutearse. “Me hablaste de tu inauguración, háblame ahora de tu seducción más reciente.” Jacobo parecía haber estado aguardando ese pedido: “Un acto piadoso, en verdad. Supe de una mujer con treinta años de viudez. Años de respeto a la imagen sacra del marido. Pensé que tenía derecho a una experiencia distinta, para sacarla de sus recuerdos” y Felisa quiso saber el resultado. “Costó mucho trabajo el convencerla. Ya se había acostumbrado a la fidelidad posmórtem y necesité de todos mis trucos para que aceptara la aventura. Finalmente, lo conseguí” pero no había satisfacción en Jacobo. “Estás como frustrado” y él lo aceptó: “Cuando terminamos, me dijo que iba a dedicar el resto de sus años al arrepentimiento. Deduje entonces que su aceptación venía de allí: disfrutar del arrepentimiento, no de haber gozado mis servicios amorosos” y Felisa intentó consolarlo: “Al menos agregaste una mujer a tu lista.”

Sin embargo, Jacobo se encogió de hombros: “El exceso de fidelidad la había vuelto obesa. Cumplía todo lo que me disgusta en las mujeres. El mío fue un verdadero acto de valor social. Eso sí, le di entrada a la aventura en mi diario íntimo.” A Felisa la escandalizó aquello: “¿Llevas cons-

tancia de tus acostones?” Jacobo la miró con reproche: “No empleemos esa palabra, que resulta ofensiva para todos. Y sí, llevo constancia de mis encuentros amorosos. Mas no pienso dar a conocer esos archivos. Mero respeto a quienes compartieron tales momentos. Se trata de un simple libro de memorias personales. Lo quemaré cuando vaya a morir-me.” Felisa opuso lo siguiente: “¿Y si la muerte es súbita?” Ningún problema: “Está oculto con tanta inteligencia que nadie lo encontrará. No debe preocuparte” y Felisa: “Nada va a ocurrir que deba preocuparme” y Jacobo: “Me entendiste mal. No debes preocuparte por las mujeres allí mencionadas. Por otro lado, las incluyo con un nombre ficticio. Apuesto a que tienes un nombre oculto que hubieras preferido usar.” Felisa: “Odio el de Felisa y habría querido ser Diana”, a lo que Jacobo repuso: “Te quedaría mejor que el de Felisa.” Ella sonrió, agradecida.

Para no desnudar en exceso su gusto, volvió a las preguntas: “¿Y cuántas entradas hay en ese diario secreto?” Jacobo respondió que muchas y que de allí derivaba su problema actual. Felisa solicitó conocerlo. “Por mera casualidad, al principio anoté Noche Uno. Me gustó la idea y me fui siguiendo con ese hábito.” Felisa confesó no ver dónde estaba el problema. “Es fácil de explicar. Alcancé la Noche 800 con bastante rapidez. Las doscientas siguientes necesitaron casi igual de tiempo que las anteriores. Y de pronto, en la mil todo se detuvo. Eso fue hace casi un año. Desde entonces, no logro mi sueño: asentar en ese diario la noche mil uno.” Felisa lo dedujo con facilidad: “¿Para empatar a Scherezada?” Jacobo la miró con aprecio: “Muy bien, Diana, me complace esa relación.” La chica deseaba informaciones adicionales: “¿Y si consigues esas mil y una noches?” Era sencillo: “Me jubilo en ese instante mismo para continuar seduciéndome, hasta la hora de irme, por los libros. Los buenos libros, Diana, son amantes muy fieles, aunque también muy exigentes.” Hablaron entonces de lecturas, aunque era terreno de escasa circulación para Felisa. Se despidieron con mayor calidez que en la ocasión previa, si bien no hicieron propósito de una nueva cita.

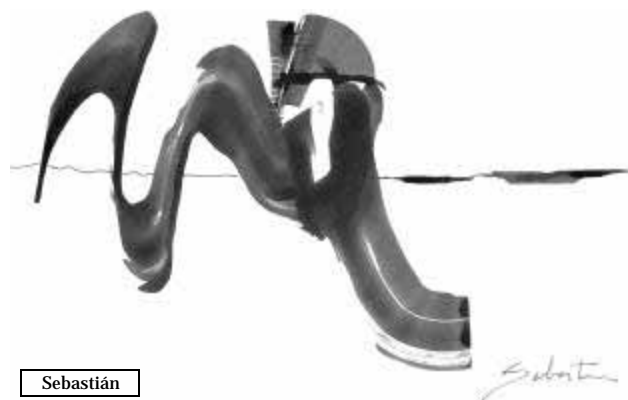
Pasaron quince días. En tres ocasiones Felisa vio a Jacobo a la distancia y torció el rumbo, preguntándose la

razón de su desvío. Un día la voz de Jacobo la alcanzó por la espalda: “Vuelve a insistir el destino” le decía. ¿Qué hacer sino volverse hacia el llamado? Pero con el rostro empeñosamente ajeno a toda expresión. Se miraron. Felisa entonces y de súbito: “Vámonos a tu casa” propuso y él contestó: “Si estas segura de que tal es tu apetencia, Diana.” Echaron a caminar uno al lado del otro, sin tocarse.

Asunción y Benita la recibieron con un “Válgame, se acordó de nosotras” pero enseguida silenciaron las burlas. “Se te ve muy compungida.” Felisa empleó los hombros en un gesto neutro: “Anduve ocupada” y le preguntaron en qué. “En trabajos de beneficencia” y preguntaron cuáles. “Oh, atendiendo a gente de edad” y le preguntaron qué había sacado. “Nada. Le entré pensando en adquirir una experiencia enriquecedora, pero todo me lo conocía ya. Caí en un mero engaño.” Benita: “¿Entonces no sacaste nada de nada?” Felisa: “Experiencia de otro tipo: la necesidad de medir bien las cosas antes de aceptarlas.” Asunción: “Ya es ganancia. Yo voy de metida de pata en digamos metida de pata y no aprendo.” Felisa le sonrió para animarla: “Andas en compañía abundante, no te preocupes” y la vieron palidecer. “¿Qué te pasa, tú?” La palidez se le fue del rostro a la vez que un hombre muy anciano entraba en el bar. “Nada, me equivoqué” y se dedicaron a comentar la próxima boda de una amiga. “Por fin consiguió con quién” empezó Asunción y “No sé qué ponerme, tú” agregaba Benita.

En su casa, Jacobo al escritorio anotaba en una libreta exquisita: “Noche número 9. Diana...” y se puso a meditar en qué escribir antes de escribirlo. Sonreía.

Octubre de 2003.



Sebastián